

LA REGLA NÚMERO SIETE

Carlos Sisí

*Publicado originalmente por Editorial 23 Escalones en la Antología
"Para Mí Tu Carne". Cedido para el dominio público bajo
autorización.*

Vistos desde la distancia, los dos hombres hubieran pasado por hermanos. Eran, de hecho, bastante parecidos, y el que vistieran de manera muy similar no ayudaba a distinguirlos. De complexión delgada, ropa descolorida y polvorienta, sombreros tejados, mochila a la espalda y un pañuelo al cuello, caminaban despacio por la carretera, con sus escopetas preparadas en sus manos expertas, oteando alrededor.

El Sol del atardecer era todavía abrasador. Fran estiró los músculos de la cara para descubrir que el sudor y la arena habían formado una suerte de costra endurecida. Evan, a su vez, se pasó la mano por la frente para retirar el exceso de sudor; éste se le metía en los ojos y escocía.

Estaban cansados y aturridos. El Sol, que incidía en el asfalto, volvía la imagen ante ellos sinuosa e imprecisa. Habían andado durante casi todo el día, y aunque no habían encontrado zombis, tampoco habían podido hallar ningún vehículo, agua o alimentos. No había demasiado de todo eso en el desierto de Almería. Ahora, sin embargo, las pequeñas estructuras achaparradas de una pequeña población se extendían ante ellos.

—Mira, Fran —dijo Evan. La lengua chasqueó contra los dientes al pronunciar las palabras. El cielo del paladar era una bóveda reseca — ¿qué lugar es ese?

—No lo sé... —contestó Fran— ¿Los Yesos?

—Podría ser Los Yesos, o Espeliz.

—Entonces nos hemos ido demasiado al este —exclamó Fran.

—Mierda... ¿cómo ha podido ocurrir? Hemos seguido la maldita carretera todo este tiempo.

—Qué más da —contestó Fran, encogiéndose hombros— Mira allí.

Evan miró en la dirección que su amigo le indicaba. Se trataba de un poste que se elevaba hacia el cielo; en su parte superior refulgía el logotipo inconfundible de la cadena de gasolineras *Ashley*.

—Bueno, justo a tiempo —exclamó Fran— No podría dar ni un paso más.

Pero Evan apenas le escuchaba; estudiaba las señales, una habilidad que había ido desarrollando con el tiempo. Cosas como coches abandonados, marcas en las paredes y el suelo, viejos rastros de sangre, ventanas rotas o puertas abiertas eran rastros inequívocos de presencia de muertos vivientes. Con el tiempo, el comportamiento de aquellos monstruos había cambiado sensiblemente, sin que ninguno de los dos pudiera explicar porqué. En los primeros días de la Pandemia Zombie, los muertos vagaban por todas partes, siempre errantes. Llenaban las calles y las avenidas, envueltos en lamentos guturales que helaban la sangre. Coincidiendo con la llegada del calor, sin embargo, los muertos parecían haberse retirado a los callejones oscuros y al interior de las casas, donde parecían caer en un periodo de letargo. Se los encontraban en las recepciones de los hoteles, apoyados contra las paredes, con sus rostros vueltos hacia una pared desnuda, o apiñados en el interior de un garaje, silenciosos, con los ojos abiertos.

Eso representaba un problema, porque solían activarse cuando escuchaban ruido a su alrededor. Un traspies en un momento dado con un macetero, y entonces salían de sus agujeros como accionados por un interruptor para caer sobre ellos.

Recorrieron la distancia que les separaba de los edificios, atentos a todos los detalles. Una única furgoneta de aspecto abandonado se encontraba estacionada en mitad de la calle, con la puerta del conductor abierta, sin que se distinguiera ningún otro vehículo a la vista.

— Esto parece abandonado — concluyó Evan.

Fran no estaba tan seguro. Miraba con preocupación la carretera, que se extendía en la distancia, describiendo una pequeña curva hacia la derecha. Las casas de varias viviendas se distribuían a ambos lados.

— Estarán en algún lado... *siempre* están en algún lado.

— Al menos hay una furgo — señaló Evan — ¿crees que funcionará?

—Es poco probable, pero oye... mañana lo averiguamos. Se acerca la noche y quiero beber, quiero comer y quiero dormir dieciséis horas seguidas.

Evan asintió. Miraba ahora el logotipo del supermercado con expresión soñadora.

—Un *Ashley*... joder, qué suerte —exclamó.

—¿Por qué lo dices?

—Tienen esas barras de chocolate, seguro que las conoces.

—¿Las *Ashley Super Choc*?

—Joder, ésas mismas. Las tomaba a todas horas, hasta que el médico dijo que mis niveles de azúcar eran como un pase de vía rápida al Club del Infarto.

Fran rió con ganas.

—No me extraña, ¿cómo podían gustarte? Era como masticar harina con regusto a *Colacao* caducado. No quiero ni imaginar la cantidad de grasas saturadas que debe tener cada una de esas barras.

Evan se volvió para mirarle, mohíno.

—Tío —exclamó con voz grave— ¿Cómo puedes decir eso?

Fran volvió a reír, divertido por el semblante serio de su amigo. Sin embargo, su expresión ceñuda continuaba fija en su mirada, así que se dio la vuelta, intentando esconder la hilaridad que sentía. Conocía esa mirada. Evan era, en ocasiones, un poco infantil, y bastante obtuso por añadidura. Su baremo para medir la importancia de las cosas parecía haberse estropeado hacía tiempo, pero no le culpaba — cuando el mundo se va a la mierda, muchas cosas se rompen, dentro y fuera de uno. Por alguna razón que se le escapaba, las *Ashley Super Choc* parecía pertenecer a ese grupo de cosas sobre las que Evan no estaba dispuesto a bromear.

Pero entonces, justo al otro lado de la carretera, vio una marquesina con la lámina ligeramente rasgada. Allí, escrito con letras ligeramente entrelazadas, se leía la palabra *Econocor*.

—No me jodas... —musitó.

—¿Qué? —preguntó Evan a su espalda— ¡No me jodas tú a mí!

Fran se volvió, confuso.

—No, joder... ¡me refiero a eso!

Evan miró hacia el frente, siguiendo la trayectoria que su amigo le indicaba.

—¿Qué pasa? —preguntó, todavía visiblemente molesto.

—Estamos de suerte... ¡es un *Econocor*!

—¿Y qué cojones pasa?

Fran arrugó la nariz, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro. Los *Econocor* eran una conocida franquicia, que vendía productos de cierta calidad a precios reducidos. A menudo, las grandes superficies como aquella eran su salvación, porque eran pródigas en existencias de cosas esenciales como el agua embotellada. Cantidades ingentes de productos no perecederos poblaban sus interminables hileras de estantes, y si había suerte, aún podrían encontrarlas sin saquear. Las posibilidades de que eso ocurriera eran tanto más altas en poblaciones pequeñas como aquella.

—Tío, es un gran supermercado. Comida... ¿recuerdas?

—Tenemos las *Ashley Super Choc* —dijo Evan, cortante.

—Yo hablo de comida de verdad —contestó Fran, armándose de paciencia.

—Las *Super Choc*.

Fran apretó los dientes. Ya conocía los típicos *momentos Evan*, pero empezaba a estar cansado. Ya era bastante duro intentar sobrevivir a un mundo que ha sucumbido al terror de los muertos vivientes como para tener que soportar esos arrebatos de inmadurez. No quería caminar junto a un pre-púber abigarrado de testosterona. La última noche, Evan se había negado a dormir en la seguridad del interior de un camión porque decía que olía a cebolla, y tuvieron que pasar la noche debajo, entre las ruedas, con el peligro que eso representaba. Y dos días atrás, tuvieron que dar un rodeo de varios kilómetros porque, en su opinión, cruzar un puente sobre un río traía mala suerte. ¡*El mundo está jodido!*, chilló Fran, ¡*cómo vamos a tener más mala suerte!* Pero Evan

arrugó la nariz como un niño de ocho años, se cruzó de brazos, y se negó a cruzar.

Fran estaba, en realidad, bastante hastiado. Tenía los pies doloridos, el estómago pegado a la espalda y le sudaba hasta la raja del culo. Por si fuera poco, los músculos de todo el cuerpo parecían pulsar con una intermitencia asíncrona, exhaustos de la dura jornada que acababan de pasar caminando por el desierto almeriense.

No pensaba pasar la noche en una gasolinera, con sus amplios ventanales expuestos, sólo porque Evan se había enfurruñado. No, no compartía su maravillosa afición a los chocolates extra grasos con sabor a harina, pero eso no significaba que tuvieran que dejar pasar la oportunidad de cenar zumos, fruta en almíbar, mermeladas, galletas, frutos secos y otras delicias. Era ir demasiado lejos.

Respiró pacientemente antes de contestar.

—¿Porqué no vas a por tus chocolatinas, y vamos al supermercado? —dijo entonces.

Evan negó con la cabeza.

—No —dijo.

—¿Porqué no?

—Me gusta más la gasolinera. Tu *Econocor* es demasiado grande. Nunca podremos saber si esos zombis se arrastrarán hasta nosotros durante la noche.

—¡Hemos estado viviendo en sitios más grandes, joder! —exclamó Fran, alzando la voz. Pero Evan giró la cabeza hacia otro lado, con *esa* expresión en la cara que estaba aprendiendo a odiar.

—¿Porqué no vas tú a por comida mientras te espero en la *Ashley*? —preguntó entonces Evan.

Fran entrecerró los ojos, calculando el tono de sus palabras. Estaban llenas de retintín, de eso no había duda. Apretó los puños, notando cómo la cólera crecía en su interior.

—No pienso dormir en tu gasolinera, porque te da por culo que el supermercado sea grande o pequeño. No es por eso. Es por las putas barritas de chocolate, ¿verdad?, ¿no es cierto? ¡Es por el chocolate!

Evan no dijo nada.

— ¡Mira! — siguió diciendo Fran, rechinando los dientes — Eres como un crío. Si es por chocolate, en el supermercado debe haber trillones, majadero. Incluso tienen esa marca, las *Prim Superstar*... ¡Podrás comer chocolate hasta que te reviente la cara a base de granos!

— Las *Prim Superstar* son una puta mierda — contestó Evan, cortante.

— Qué cojones... ¿estamos discutiendo qué chocolate es mejor?, ¿es eso?

Pero entonces, Evan se dio la vuelta y empezó a andar hacia la gasolinera.

Fran sentía la presión de la sangre golpeando contra sus sienes. Nunca llegó a tener hijos, pero estaba seguro de que si hubiera tenido alguno, esa situación le traería recuerdos. ¡Eran tan obtuso, tan deliberadamente enervante! Si habían conseguido mantenerse vivos hasta ese momento era porque habían permanecido juntos; cuántas veces se habían salvado la vida mutuamente no podía decirlo, porque faltaban dedos en ambas manos para contarlas. Era la maldita Regla Número Uno de todo ese asunto, y ambos lo sabían muy bien. Los zombis podían tener problemas de coordinación psicomotriz y ser lentos, pero acechaban tras las esquinas, y cuando querían podían llegar a ser más silenciosos que un jodido elfo. Y algunos eran fuertes, extraordinariamente fuertes; si caían sobre ti y lograban derribarte, estabas frito.

Estúpido gilipollas, pensó Fran mientras veía como su amigo se metía en el interior de la gasolinera. *Vete a tu tienda de chuches y que te aprovechen, mamón.*

No iba a seguirle la corriente. No esta vez. Evan se estaba acostumbrando a salirse con la suya, porque él solía ser conciliador y no era amigo de disputas ni debates innecesarios. La polémica le cansaba; pensaba que cada cual abraza sus propias ideas con férrea obstinación y a menudo resulta inútil intentar convencer al extremo opuesto para que cambie su punto

de vista. Si algo le había enseñado la vida, era que no funciona así.

Con un gesto hosco, Fran giró sobre sus talones y empezó a andar hacia el supermercado, avanzando con grandes zancadas. Ya vendría a llamar a la puerta un poco más tarde; esperaba que el exceso de azúcar en la sangre le hiciera entrar en razón.

Acceder al supermercado, sin embargo, no fue tan fácil como había esperado. La puerta principal estaba cerrada por una reja metálica, así como los ventanales de los lados. En uno de los laterales, junto al generoso aparcamiento, comprobó con cierto desaliento que la zona de carga de mercancías se encontraba también inaccesible. Sin embargo, impulsado por la rabia que sentía, se decidió a dar la vuelta al edificio, incluso cuando su parte posterior pasaba por un estrecho callejón. Era la Regla Número Dos de su particular manual: nada de callejones oscuros y estrechos, solían ser una excelente madriguera para los muertos. En tales lugares, las pisadas solían rebotar con un eco reverberante, despertando a los zombis de su aletargamiento.

Se asomó desde la zona del parking, intentando vislumbrar algo. Esperaba encontrar una entrada a oficinas, o una puerta de acceso para personal, o quizá una salida de emergencia o de salida de basura, ya que alineados contra el muro exterior había varios contenedores de gran tamaño. Estos le preocupaban sobremanera, pero aunque las sombras que anunciaban el fin del día eran ya pronunciadas, no vio ni rastro de muertos vivientes.

Con pasos cada vez más dubitativos, Fran se internó en el callejón. Algo debía haberse descompuesto terriblemente en el interior de los contenedores, porque el olor le golpeó con la fuerza de una bofetada. Olía a podredumbre, a materia orgánica en avanzado estado de putrefacción, y tuvo que llevarse las manos a la nariz para paliar el olor. Un centenar de moscas revoloteaban en círculos alrededor.

Cuando sobrevinieron las arcadas, agradeció tener el estómago vacío. Estaba acostumbrado a los malos olores; había

vivido con eso desde que el paso del tiempo y el Sol habían terminado por pudrir la carne muerta que los zombis arrastraban consigo. Todas las poblaciones de cierto tamaño que habían atravesado apestaban a muerto, y ciertos lugares estaban tan profundamente impregnados de hedor, que parecía quedar grabados en sus paredes de alguna forma obscena e imposible.

Cuando se hubo colocado el pañuelo de forma que la nariz quedaba cubierta, Fran respiró varias veces para recuperar el ritmo respiratorio. Era, definitivamente, mucho más soportable ahora. Miró entonces alrededor, pero la pared trasera del supermercado estaba desnuda, con apenas una frágil tubería descendiendo del tejado.

Aquello, no obstante, le dio una idea,

El edificio tenía una sola planta, de forma que el tejado quedaba a apenas dos metros y medio del suelo. No siempre solía ser así, pero en ocasiones existía allí una entrada que comunicaba con el interior; un acceso para mantenimiento, reparaciones de marquesinas, vallas publicitarias, y cosas así.

Tiró del contenedor con ayuda de ambas manos. Las pequeñas ruedas protestaron con un crujido amenazante, pero consiguió deslizarlo lo suficiente para encaramarse en él. Desde allí, no le costó mucho trabajo trepar de forma que, en pocos segundos, estuvo arriba.

Se quitó el pañuelo de la cara. Una pequeña brisa parecía estar levantándose con la caída de la noche, y por un momento respiró el aire fresco con verdadero deleite. El tejado se extendía ante él, completamente liso, interrumpido cada pocos metros por pequeñas estructuras de salida de aire. Junto a éstas, tuberías pintadas en llamativos colores salían del suelo y se dirigían a otros lugares, donde volvían a ocultarse. Fran no tuvo que andar mucho para descubrir una pequeña trampilla que apenas sobresalía del suelo.

—¡Bingo! —exclamó, con cierta satisfacción. Estaba, naturalmente, cerrada por dentro, pero tales accesos no se protegían con demasiado celo. Le bastó golpearla repetidas veces

con el tacón de la boca para que la trampilla cediera y cayera hacia abajo, causando cierto estrépito.

Se encogió sobre sí mismo. Era la Regla Número Tres: nada de ruidos. Los sonidos inesperados podían despertar a los que yacían aletargados en sus escondites. Los imaginó abriendo los ojos y las fauces a la oscuridad, entre las hileras de productos cuidadosamente apilados, y por unos breves instantes se estremeció. Si había alguno dentro, semejante estrépito de lata rebotando por el hueco y estrellándose contra el suelo lo habría alertado, con toda probabilidad.

Chasqueó la lengua e intentó tranquilizarse. Se dijo que si las rejas metálicas estaban echadas, era improbable que hubiera muertos en el interior. Seguramente, en aquél remoto rincón del mundo, los comercios cerraron sus puertas al finalizar la jornada para no volver a abrirlas nunca más, el mismo día en el que los medios empezaron a alertar a la población de que algo pasaba con los fallecidos. Todavía era capaz de recordar todos aquellos eufemismos con los que la televisión circundaba el hecho inequívoco y fascinante de que los muertos estaban volviendo a la cabeza, y estando allí de pie, en el ático de un supermercado en mitad del desierto, sonrió no sin un deje de amargura.

Cuando se decidió a bajar, ayudándose de una escalera de mano, percibió el olor dulzón de la descomposición de los alimentos perecederos. Cosas como la leche y los yogures, los embutidos, la carne y el pescado, hacía tiempo que habían dejado de recibir el frío de sus cámaras frigoríficas. La carne se había oscurecido, hinchado, y reventado con una explosión de gusanos hasta acabar reducida a unos pequeños corpúsculos negros. La leche fermentaba y supuraba fuera de sus envases, y el aire se había llenado de todo ese aroma penetrante.

No encontró zombis a la vista, sin embargo.

La superficie del local, gracias a la luz del atardecer que se filtraba por los resquicios de las rejas, estaba en penumbras y no demasiado oscuro todavía. Fran dedicó algunos minutos a recorrer los pasillos, cuidando de no hacer mucho ruido mientras caminaba. Después de asegurarse de que no había sorpresas,

encontró unas bolsas de patatas fritas que engulló con fruición. Eran crujientes y le saturaron de un sabor intenso y maravilloso. Mientras tragaba las rodajas una tras otra, bendijo los mil conservantes que les aseguraría tales alimentos hasta cuatro años en el futuro.

Picoteó todavía algunas otras cosas. Galletas, una lata de jamón cocido con abre fácil, y zumo de piña embotellado. Para cuando hubo llenado el estómago, la luz había desaparecido casi por completo y el lugar se volvió de nuevo hostil. El silencio era absoluto, ominoso, y pesaba como una losa. Pronto no tendría más opciones que echarse a dormir, pero aunque estaba exhausto por el esfuerzo físico y el efecto del Sol intenso, había comido demasiado y prefería dejar pasar algo de tiempo.

Decidió volver arriba, para ver cómo se desenvolvía Evan. Sin embargo, la noche caía rápidamente y no pudo ver el interior de la pequeña tienda de la gasolinera. Evan podía estar dentro tanto como si no. La Regla Número Cinco hablaba sobre la teoría de las polillas: la luz atrae a los zombis, de la misma forma que una farola atrae a los insectos nocturnos. No sabían porqué, suponían que se trataba de algún reflejo ancestral grabado en la memoria evolutiva, donde el fuego y la luz representaban la ausencia de sombras, y éstas, la carencia de peligro. Pero quizá por esa Regla, Evan permanecía oculto en el interior, completamente a oscuras, a pesar de saber que en su equipo llevaban linternas.

En su camino hacia el interior reparó en una estancia que había pasado por alto la primera vez. La linterna reveló paneles de mandos y varios conmutadores, tan rudimentarios y cubiertos de polvo, que por un momento se sintió como un viajero del tiempo localizando vestigios de alguna tecnología primitiva. Recorrió los paneles con el haz de luz, reflexionando brevemente sobre toda la parafernalia que el hombre se había esforzado en construir, y que no tenía ya ninguna finalidad. En todas partes del mundo, el zombi había triunfado como depredador del depredador, y había forzado al hombre a postrar todo su imperio a sus pies. Las ciudades estaban vacías, las carreteras eran

lenguas estériles que se agrietaban en silencio, y la maravillosa tecnología que el hombre había desplegado durante su tiempo de hegemonía, languidecía.

Ensimismado en su línea de pensamiento, Fran se apoyó en uno de los conmutadores, acariciándolo con la mano. Sin apenas proponérselo, éste giró sobre su eje y se accionó con un sonido fuerte y seco. Por unos segundos, se congeló en el sitio; parecía que, en alguna parte del edificio, algo empezaba a crepitar. Era apenas un rumor indefinible y arrastrado, pero después de unos instantes, se difuminó con el silencio reinante. Fran se preguntó si habría accionado algo. Generalmente, las cosas se *accionaban* siempre para peor; pero después intentó tranquilizarse diciéndose a sí mismo que las líneas eléctricas de todo el país hacía tiempo que no transportaban nada.

Iluminó el panel y el haz iluminó una pequeña etiqueta manuscrita en versalitas con trazos gruesos y negros.

GENERAL 2 & 4 EMERGENCIA

Fran pestañeó, leyendo la línea una y otra vez. La palabra emergencia hacía sonar campanas en su cabeza. La ligerísima vibración que había percibido momentos antes desplegó una imagen en su cabeza, y cuando éste se formó, abrió mucho los ojos. ¡Generadores, generadores de corriente! Un sitio como aquél debía tenerlos, sin duda alguna. Con el corazón encogido, imaginó las rejas metálicas abriéndose en la quietud de la noche con un enervante y poderoso sonido mecánico.

Rápidamente, intentó volver a accionar el conmutador. Parecía llegar a la mitad y entonces cedía con un click apenas audible, para caer pesadamente de nuevo. Aplicó toda la fuerza de la que fue capaz, cada vez más desesperado, pero no consiguió devolverlo a la posición original.

Inquieto, resolvió salir fuera. La nave seguía oscura y las rejas metálicas cerradas, pero por las rendijas se filtraba una luz intensa y blanquizca. Se estremeció, súbitamente sobrecogido: ¡había encendido las luces de la marquesina y el parking!

Corrió entonces de vuelta a la pequeña escalera de mano que conducía al tejado. Allí, la luz intensa de algunos focos distribuidos cada pocos metros le cegó momentáneamente.

—No... ¡no!

Entonces, una voz monocorde y desacelerada emergió de ninguna parte y le hizo dar un respingo. Era una especie de locución que sonaba a través de unos altavoces emplazados en dos postes ubicados a cada extremo del supermercado.

—*Econocor* —decía la locución— *le agradece su visita y le recuerda que volverá a abrir sus puertas mañana, en horario de 9 a 10 de la noche...*

La calidad de sonido era esperpéntica, como si surgiera del interior de un bote de hojalata. Ello confería a la voz, remotamente femenina, una cualidad casi fantasmagórica y, en contrapunto al silencio al que se habían acostumbrado, casi estridente. Fran notaba que el corazón galopaba en su pecho.

Corrió al extremo más occidental y vio que los focos barrían toda la carretera principal. La superficie de la furgoneta, ya de por sí descolorida por el Sol, aparecía en extremo saturada, como si fuera una pared encalada. Arrojava sombras alargadas en dirección opuesta. Siguiendo esta línea de visión, Fran se horrorizó al ver a su amigo en el interior de la tienda, apoyado con ambas manos en el cristal.

—*...agradece su visita y le recuerda que volverá...*

¿Qué había hecho? La cordial despedida del *Econocor* no solo parecía ser capaz de llegar a todos los rincones, además había entrado en un bucle, repitiéndose una y otra vez como una cacofónica banda sonora. Buscó a Evan con la vista, y comprobó que continuaba en el mismo sitio; pero su amigo no le miraba, estaba concentrado en algún punto indeterminado de la carretera.

Giró la cabeza, seguro de lo que iba a encontrar.

Lo había visto otras veces, pero pocas desde una situación tan desfavorable. No para él, por cierto, emplazado en el extremo más alto de su particular atalaya, sino para Evan. La luz bañaba todo el interior y lo exponía muy a las claras. Eran los muertos,

naturalmente. Empezaban a llegar, avanzando como consumidos por terribles espasmos, contrahechos y dando zancadas irregulares. Eran cuatro al menos, pero en las penumbras de la calle se adivinaban ya otros tantos; era difícil decirlo porque la intensidad de los focos le impedía concentrarse en las tinieblas de la noche.

Ya venían. El primero de ellos avanzaba haciendo girar la cabeza de un lado a otro, como si buscara algo con desesperanza. Su boca era un pozo oscuro donde asomaba un rastro reseco de sangre.

Fran no sabía qué hacer. Miró de nuevo a su compañero, que estaba petrificado tras el cristal, aparentemente incapaz de reaccionar. Si aquellos monstruos seguían avanzando, no tardarían en verlo.

Entonces hizo lo primero que se le ocurrió: intentar distraer la atención de los zombis hacia otro lado. Levantó los brazos y empezó a sacudirlos en el aire mientras chillaba, intentando hacerse oír por encima de la grabación.

— ¡Eh!, ¡aquí!, ¡AQUI, HIJOS DE PUTA, AQUI!

— *...sus puertas mañana, en horario de 9 a 10 de la noche...*

Los muertos irrumpieron en el círculo de luz, con las cabezas vueltas hacia él. Parecían consternados y atónitos. Por fin, uno de ellos, una chica de larga cabellera rubia, dejó escapar un grito desgarrador; los músculos de su cuello se tensaron como si fuesen a explotar.

— ¡AQUI, VAMOS, ESTOY AQUI!

Los muertos corrieron hacia el supermercado, levantando sus brazos con las manos trocadas en garras espeluznantes. En muy poco tiempo, la calle se llenó de ellos. Unos avanzaban torpemente, arrastrando los pies, y otros corrían de manera desmañada, como si acabasen de aprender a andar.

Miró a su amigo, y sus miradas se cruzaron.

Evan enseñaba los dientes, y su gesto era de profundo y manifiesto odio; sus ojos estaban entrecerrados y sus manos se cerraban contra el cristal, convertidas en puños. Mientras sacudía los brazos para atraer a los zombis, Fran se preguntó porqué le

miraba así. Le estaba dando una oportunidad, ¿por qué no la aprovechaba para ocultarse?

En la calle, el número de muertos vivientes había ascendido a casi dos docenas, y todavía en la distancia, los gritos y gemidos horribles empezaron a hacerse más y más audibles. Estaban saliendo de sus escondites, todos ellos, abandonando las casas y dirigiéndose hacia el ruido, y la luz.

La luz...

Evan, furibundo, con los ojos clavados en él.

Dios mío, pensó Fran experimentado una especie de desmayo, cree que lo he hecho adrede. Cree que he encendido la luz y estoy atrayendo a los monstruos para... para lanzarlos sobre él.

— ¡No, Evan!, ¡NO!

— ...y le recuerda que volverá...

Puso las manos en forma de bocina e intentó hacerse oír.

— ¡EVAN! — Gritó, balbuceante — ¡NO HE SIDO YO!,
¡EVAN!

Su amigo desvió la mirada de improvisado para mirar al frente, y su expresión cambió completamente. De repente, vio pánico en sus ojos. Sus músculos se relajaron, y la boca se abrió formando una "O" perfecta. Fran lo vio también; uno de los zombis parecía haber seguido su línea de visión y estaba mirando fijamente a su compañero. Parecía indeciso, intentando decidir si lo que veía era una presa, u otra cosa. Fueron apenas unos segundos, pero no se permitió ni respirar, aguardando la reacción del monstruo. Por fin, muy lentamente, Evan separó las manos del cristal y retrocedió un paso. Fran sintió un ramalazo de miedo; sus manos se crisparon en anticipación. Pero aunque sabía lo que iba a pasar, no pudo hacer nada por impedirlo.

Aquello fue suficiente; como si alguien hubiera dado el pistoletazo de salida, el zombi arrancó a correr hacia la gasolinera. Lo hizo como si hubieran tirado de su cuerpo con una cuerda, dejando atrás sus brazos, lo que confería a la escena un matiz todavía más aberrante que le hizo pensar en las posturas descoyuntadas de *El Exorcista*. Desde su posición elevada, Fran observó con creciente horror cómo los muertos que estaban

alrededor le siguieron inmediatamente, movidos por algún instinto básico de manada. Sin poder contenerse, dejó escapar un grito ahogado.

— ¡EVAN!

Pero Evan ya no estaba: la tienda estaba vacía. Repasó la superficie del mostrador que se vislumbraba al fondo. Si se había escondido ahí, lo acorralarían como a una rana vieja en un retrete. Pero no esperaba que Evan cometiese ese error. Era la Regla Número Seis: no esconderse en un agujero sin salida. Sin embargo, ¿dónde se había metido?

¡Ahora lo veía! Había salido por la parte de atrás y corría por el pavimento tan rápido como le permitían sus piernas. Evan era veloz, incluso comparado con aquellos monstruos. Lo malo de éstos era que parecían incapaces de cansarse, pero Evan era una maldita locomotora cuando se trataba de salvar el culo. Correría hacia la oscuridad de la noche, siguiendo el trazado de la carretera, y sin duda alguna, los despistaría cuando...

Pero Evan no parecía tener ninguna intención de alejarse. Fran se llevó ambas manos a la boca, con los ojos abiertos de par en par. Una vez hubo rodeado los surtidores, Fran se sobrecogió ¡Estaba corriendo directamente hacia el grupo de zombis! Qué pretendía su amigo, no tenía ni la más remota idea.

Un ruido explosivo y tintineante llamó su atención: los zombis en persecución habían hecho estallar el cristal del escaparate en una lluvia de minúsculos cristales. Éstos volaron por todas partes, y una gran cantidad de ellos cayeron sobre el rostro de uno de ellos. Con los ojos claveteados por una miriada de afiladas esquirlas, perdido y desorientado, empezó a dar tumbos contra el muro. Los otros saltaron dentro, histéricos, golpeando todo lo que encontraban a su paso, y desde su punto seguro, Fran se estremeció.

— ...*agradece su visita...*

Giró la cabeza para volver con Evan. Descubrió que su objetivo no era los zombis. *Gracias a Dios.* Cuando llegó a la altura de la furgoneta, se deslizó por su lateral y desapareció dentro de

la cabina, cerrando la puerta tras de sí. El ruido de ésta hizo que muchos de los espectros se volvieran con un movimiento rápido.

—...*que volverá a abrir sus puerta mañana...*

Fueron momentos interminables. Los muertos se acercaban a la furgoneta y la golpeaban con una contundencia y un salvajismo desmesurado. Incapaz de resistir las embestidas, ésta empezó a balancearse violentamente de un lado a otro.

Desde su atalaya, Fran se estremecía, asomado a un abismo que bullía miedo y duda a la vez. *¿Qué haces, Evan?, ¿qué demonios haces?* No habían probado si arrancaba, no habían mirado si tenía las llaves puestas, si tenía gasolina, o si la batería era tan solo una caja inservible que alguna vez contuvo ácido. Si seguí ahí dentro, alguno de los muertos acabaría por romper el cristal, y entonces...

Lo había visto otras veces. Introducirían sus brazos largos y delgados y arañarían, desgarrarían y acabarían sacando al conductor por la ventana, sin importarles si los brazos o las piernas se doblaban en ángulos imposibles. Sin embargo, cuando todo parecía perdido, la furgoneta se estremeció con un ruido sordo.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Fran, experimentando una alegría desbordante. Ahora sí. Podría conducir lejos de toda aquella situación, y volver más tarde, cuando las cosas se hubieran calmado y los muertos se hubieran retirado.

La furgoneta arremetió contra los muertos que bloqueaban su camino; un hombre vestido con un mono azul desapareció bajo la rueda derecha e hizo saltar al vehículo de forma abrupta. Otro se encaramó sobre el frontal con los brazos extendidos, pero cayó a los pocos segundos. Evan pasó también por encima; la rueda produjo un ruido arrastrado y acuoso. Con una pequeña legión de zombis persiguiéndole, Evan condujo la furgoneta ganando velocidad poco a poco. Fran suspiró aliviado; su amigo se alejaba por fin por la misma carretera por la que habían llegado.

Se dejó caer al suelo, sintiéndose incapaz de sostenerse en pie por más tiempo. Miró cómo la oscuridad de la noche se

tragaba poco a poco la furgoneta hasta desaparecer, y entonces soltó un bufido de alivio. Aquél estúpido tocapelotas había estado a punto de cagarla por una mierda de chocolatina *Ashley Super Choc*, pero finalmente todo había salido bien. Una suerte de cojones, bien podía decirlo, pero como decía su madre, bien está lo que bien acaba. La mirada de manifiesto odio que su amigo le había prodigado le preocupaba un poco. ¿Y si Evan creía que él había puesto la locución a propósito?, ¿que había encendido las luces?, ¿y si decidía no volver? No, imposible. Habían pasado por demasiadas cosas juntos. A veces habían tenido sus diferencias, pero todas se habían solucionado antes o después.

De pronto escuchó un ruido lejano. Levantó la vista hacia la fuente, en la carretera, y se encontró con dos faros mortecinos que se acercaban a toda velocidad. Fran pestañeó, intentando comprender. Era Evan, tenía que serlo... por alguna razón que se le escapaba, estaba volviendo al pueblo a una velocidad endiablada.

Poco a poco, volvió a ponerse en pie, intentando comprender. La furgoneta se acercaba a una velocidad demencial, y no parecía tener visos de frenar. Iba directamente hacia él.

El vehículo recorrió los últimos cien metros llevándose por delante a un par de zombis, que salieron despedidos como si hubieran sido arrollados por un tren de mercancías. Por fin, se estrelló contra la reja metálica y desapareció en el interior del supermercado, justo por debajo de donde Fran se encontraba, envuelto en un ruido escalofriante de metal retorcido y cristales rotos. Fran gritó, sobrecogido por la impresión. Del interior llegaba un estruendo abrumador, mezclado con la algarabía abrumadora de un millar de objetos chocando entre sí; Evan debía haber atravesado la luna del escaparate y haber derribado, si no uno, varios estantes abigarrados de alimentos.

Mientras corría hacia abajo, Fran se estremecía, envuelto en un mar de dudas. Su amigo se había marchado, había conseguido huir, ¡y había vuelto! ¿Tendría en mente algún plan descabellado de rescate? Era improbable, se dijo. Después de tanto tiempo aferrándose a la vida, habían desarrollado un

sentido común para esas cosas. Ambos sabían muy bien lo que había que hacer en caso de verse superados por los muertos, y ni en el más loco de sus sueños habría trazado un plan como aquél. Joder, el tocapelotas podría haberse matado con el impacto.

Llegó al piso de abajo, consciente de que tenía muy poco tiempo antes de que los zombis irrumpieran en el interior. La escopeta estaba otra vez en sus manos. Si Evan había quedado inconsciente, entonces amigo, la habían cagado.

—¡EVAN! —Llamó al divisar el vehículo. Había atravesado dos pasillos enteros y derribado todo cuanto encontró a su paso. La reja estaba derrengada en el suelo, convertida en un amasijo informe de hierro retorcido, y un mar de productos de toda clase se hallaban desperdigados por todas partes.

La puerta del conductor estaba abierta, y fuera, los muertos aullaban. Fran sabía que entrarían en pocos segundos.

De pronto, la línea de latas de comida para perros que estaba a su espalda saltó por los aires, esparciendo una suerte de puré pardusco en todas direcciones. El sonido fue como el de un trueno despiadado. Fran se agachó instintivamente, con el corazón latiendo con fuerza. Había escuchado ese sonido demasiadas veces como para no saber qué era. Se trataba de la escopeta de Evan.

—¡COÑO! —Gritó— ¡Soy yo, maldita sea!

Evan no contestó.

Había alcanzado las latas un poco a la derecha; unos centímetros más, y los contenidos de su cabeza estarían desparramados por el suelo. Miró en la dirección desde la que debía haberse producido el disparo y allí, entre las penumbras de la nave ligeramente iluminadas por el resplandor de la luz exterior, le pareció ver algún movimiento.

—¡EVAN! —Bramó de nuevo.

Pero su amigo no contestó.

Está intentando matarme, pensó Fran de repente, con las sienas palpitantes. Una niebla blancuzca nublabla su vista, sometido como estaba a un tsunami creciente de furia y rabia. *Ha*

vuelto para que el supermercado se llene de zombis. Ha vuelto para matarme, el hijo de puta, el muy hijo de puta.

– ¡Evan, hijo de puta! – Gritó, colérico.

De nuevo sonó otro disparo, que restalló en los techos de la nave levantando un eco aciago. Esta vez, unos rollos de papel higiénico salieron despedidos varios metros, dejando una débil estela de humo.

Fran se incorporó e hizo tres disparos a ciegas, pero cuando el sonido de la andanada hubo cesado, un grito desgarrador le heló la sangre. Eran los muertos; habían entrado por el escaparate, ligeramente encorvados, como animales que están a punto de lanzarse sobre su presa, y agitaban la cabeza con intensos espasmos.

Aquella visión fue suficiente. Él estaba más cerca del tejado, así que se quedara él con su propia medicina. Que te aproveche, tocapelotas de los cojones. Echó a correr hacia el corredor donde estaba la escalera de mano, pero cuando se encontraba cerca de la puerta que separaba el pasillo de la zona para clientes, se encontró a Evan de bruces.

La sangre hervía, y sus puños se crisparon.

Estaban demasiado cerca como para intentar siquiera apuntar y disparar, así que su primera reacción fue golpearle con la culata. Evan, que se había precipitado hacia él con ojos enloquecidos, recibió el impacto en la mandíbula. El dolor fue intenso, y se extendió a todos sus miembros como una descarga eléctrica. Empujado por la inercia del salto pero con los miembros laxos, Evan cayó sobre él y lo tiró al suelo. Fran bramaba como un poseso, intentando sacudírselo dando patadas a ciegas. Por fin, volteó sobre sí mismo e intentó alejarse gateando, pero Evan le cogió de los pies. Como si fuera un mulo, Fran extendió la pierna con toda la fuerza que pudo y experimentó una tremenda satisfacción cuando sintió resistencia; Evan, rechazado de nuevo, cayó sobre su costado con un bufido de dolor.

Fran aprovechó esa pequeña victoria para incorporarse por fin. Demasiado tarde, quizá, porque avanzando por el corredor de los productos de limpieza llegaban *ellos*, con los

brazos extendidos, como si quisiesen asegurarse de que no se escurriría corriendo junto a ellos. Se giró rápidamente, con el cerebro surcado por pensamientos que circulaban a toda velocidad, para encontrarse de cara con la escopeta de Evan.

Se congeló en el sitio, sintiendo un extraño hormigueo en la base de los testículos.

Evan retrocedía lentamente.

—¿Querías joderme? —preguntó, jadeando como un perro— Si querías joderme, cabrón, te van a dar por el culo. Te van a dar por el culo tan fuerte que morirás cagando sangre.

Fran giró la cabeza. Estaban a apenas seis metros. A cinco metros.

—¡QUE TE JODAN! —Chilló Evan, pasando por la puerta y cerrándola tras de sí.

Fran se movió con la velocidad del rayo. No sabía si había alguna forma de bloquear esa puerta, pero no disponía de tiempo para comprobarlo. Si intentaba zarandearla de alguna manera, los muertos se echarían sobre él; y aún en el caso de que consiguiera abrirla, el tocapelotas no dudaría en volarle la tapa de los sesos. En lugar de eso, corrió por el supermercado intentando poner distancia entre él y esas cosas muertas. No importaba dónde.

Corrió primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, cruzando por una ancha avenida salpicada por isletas con productos en promoción. Un enorme cartel colgaba únicamente de una pequeña cadena, dándole el aspecto que tendría un condenado en alguna mazmorra. ¡OFERTA!, anunciaba el cartel a un mundo muerto. No sabía, en ese momento, dónde se encontraban los zombis, pero escuchaba sus histéricos alaridos reverberando por toda la sala. Estaban cerca. Demasiado cerca.

En su loca carrera hacia el extremo más septentrional del supermercado, Fran dobló una esquina y se encontró de cara con uno de los muertos. Llevaba un casco de obrero que arrojaba sombras sobre su rostro, pero allí refulgían unos ojos blancos que eran como una invitación a la locura. Fran los había visto un

millar de veces, pero cuando los tenía delante, a tan corta distancia, no podía evitar quedarse petrificado.

La embestida del zombi le sacó de su estado de hipnotismo. Fran chilló, moviendo los brazos con gestos bruscos para evitar que le agarrara. De alguna forma, consiguió alejarse un par de pasos e interponer la escopeta, pero accionó el gatillo un poco demasiado pronto: el disparo tronó, y la bala fue a dar contra una estantería llena de botellas de aceite. La estantería era metálica, y la bala descarnó una pequeña lluvia de chispas que incidieron con el aceite. El resultado fue una llamarada terrible que germinó y creció casi instantáneamente. El fuego lamió las botellas que estaban alrededor, y derritió el plástico en cuestión de segundos; el aceite prendió con un ruido terrible y explosivo, y una lengua de fuego se extendió al brazo del zombi.

Los zombis no saben del dolor, pero algo enterrado en su corteza cerebral todavía parece prevalecer. Su rostro se iluminó por el fuego, revelando una máscara de algo que podría ser sorpresa, y empezó a dar vueltas sobre sí mismo, emitiendo un sonido que podría compararse al ulular del viento. Fran no dudó ni un instante, corrió hacia atrás y encontró algo que podría servirle para sus fines: el mostrador de la carnicería. Ocupaba todo el ancho del pequeño recinto en el que estaba ubicado y podría constituirse como una fantástica trinchera.

Agilmente, saltó sobre él y se escabulló detrás, donde se agazapó para ocultarse de la vista.

El fuego continuó devorándolo todo con una rapidez pasmosa. Las llamas subían hasta el techo y se propagaban por el estante, haciendo arder un contenedor lleno de servilletas de papel. En un instante, el aire se llenó de volutas de papel incandescentes que ascendían por efecto del calor. El resplandor del fuego teñía la escena de un color anaranjado, y el humo empezó a llenarlo todo.

Fran miró al techo y rió entre dientes; la risa parecía la de una hiena enferma.

Apuesto a que el suelo empieza a estar bien caliente, hijo de puta. Espero que sepas algún baile nuevo, amigo, porque la cosa va a ponerse caliente. Caliente de cojones.

Fran disfrutaba el momento. La llamarada se estrellaba contra el techo, arrancando trozos de yeso. Imaginaba a Evan en el tejado, sintiendo que la temperatura aumentaba por momentos, y lo imaginó cayendo al infierno del incendio en medio de un montón de cascotes y hierros retorcidos. Esa escena le arrancó un nuevo acceso de risa, pero poco después un atisbo de duda se abrió paso por su cabeza y empezó a preocuparse. A preocuparse de veras. El olor a humo comenzó a hacerle toser, y cuando asomó la cabeza, descubrió que el fuego se había extendido por toda la parte central de la nave. Era un aquelarre pavoroso de compresas femeninas, comida para perros y galletas sin gluten. En algún lugar, se produjo una explosión que arrojó dos docenas de productos, incluyendo una lluvia de cereales, por los aires. Un zombi pasó caminando por el lado derecho, envuelto en llamas. Anduvo tres y hasta cuatro pasos hasta caer de rodillas, donde se quedó inerte mientras el fuego bailaba por sus cuencas vacías.

Fran supo que, de quedarse allí, acabaría atrapado por el fuego. No había ninguna salida más, ningún acceso trasero a la sala de despiece porque era una cadena que trabajaba productos congelados y la carne llegaba en porciones. Pensó durante un rato, luchando por respirar entre la densa nube de humo que le rodeaba, y por fin, la nube de cólera que le había inundado empezó a disiparse. Quizá se había excedido. Evan era un tocapelotas, un inmaduro, y hasta podía ser un hijo de puta sin proponérselo, pero él se había puesto a su nivel e iba a pagar el precio. *Esto es lo que pasa cuando los adultos se comportan como niños, se dijo. Esto es lo que pasa.*

Evan podría saltar desde el tejado a la parte de atrás, probablemente. Allí habría menos zombis, y entonces podría correr hacia el desierto. En cuanto a él, quizá podría correr hacia la furgoneta. El fuego se extendía por la zona central y aún tardaría unos minutos en llegar al extremo occidental, donde

Evan había estrellado el vehículo. No sabía en qué estado la encontraría, y era posible que no pudiera arrancarla. Incluso entonces, todavía tendría que hacerla circular por encima de todas las cajas, botes y envases, y posiblemente pasar a través de la retorcida masa de hierros que había sido la reja.

Pero debía intentarlo. No estaba seguro de cual de las dos muertes debía ser peor, si morir abrasado o despedazado por los zombis, pero debía intentarlo.

Echó a correr por el extremo derecho y pasó junto al fuego. No había calculado cuan cerca debía pasar del incendio, y durante los interminables segundos que pasó rozando las llamas, la ropa se calentó hasta tal punto que le proporcionó un dolor infinito al pegarse a la piel. Tuvo que apretar los dientes con todas sus fuerzas para no chillar, porque era consciente de que su grito podría atraer a los muertos otra vez.

Por fin, la temperatura descendió y consiguió llegar al otro lado. La furgoneta estaba allí, solo visible en parte porque estaba envuelta en un humo denso y oscuro. Al menos, bien podía celebrar que los muertos se hubieran retirado.

Por fin, corrió la distancia que le separaba de la furgoneta y abrió la puerta para meterse en la cabina. Dio un respingo y su corazón se desbocó de forma súbita: sentado en el asiento del conductor estaba Evan.

Su amigo le miraba con los ojos despavoridos. Una extraña expresión de sorpresa y terror se había apoderado de su rostro.

—Fran... —dijo con voz pastosa.

Fran esperó unos segundos, sin atreverse siquiera a respirar.

—Fran... —repitió Evan, balbuceante.

Fran se decidió. Estaba claro que su amigo había recapitado sobre su situación, como había hecho él. Entró en la furgoneta y cerró la puerta para impedir que el humo llenara el pequeño receptáculo.

Se miraron durante unos instantes, pero Evan desvió la mirada.

—Fran... yo... —dijo en voz baja— Encontré la sala de paneles... y vi que el conmutador estaba roto... y vi que no había forma de saber... bueno... para qué servía...

—Lo accioné por error... —dijo Fran.

—Ya... lo siento... supongo que me calenté, ¿eh?

Fran suspiró.

—Tuviste cojones para hacer lo que hiciste... podías haberte matado.

—Uf... creía que lo habías hecho a propósito, ¿sabes? Lo de la luz y todo eso. Se me... no sé... se me cruzaron los cables...

—Ya...

Pasaron unos segundos sin que ninguno de los dos dijera nada. Tras el cristal delantero, el supermercado era apenas un recuerdo de lo que fue, consumido por una niebla de color grisáceo.

—No arranca. —sentenció Evan.

Pero Fran se lo había imaginado. El morro estaba hundido hacia dentro, de una forma tan remarcada y estridente que resultaba obvio que el motor había quedado afectado.

—Y ahí fuera hay como un centenar de zombis —continuó diciendo— No conseguiríamos pasar, de ninguna de las maneras.

—Parece que estamos jodidos —contestó Fran, mirándose las manos. Llevaban meses yendo de un lado a otro, sin ningún objetivo concreto. Ese día, por ejemplo, habían estado recorriendo el desierto bajo un Sol abrasador para llegar a otra parte, pero en realidad nunca encontraban nada en *otra parte*, y entonces se ponían un objetivo nuevo. De alguna forma extraña, la sensación de saber que era hora de poner fin a todo eso no le angustiaba demasiado. Pensaba en el dolor... pero no en la negrura del olvido, el no existir, la muerte.

—Esta vez sí... —contestó Evan.

A ninguno se les pasó por alto el hecho de que el olor a humo era cada vez más intenso. Evan había cerrado el circuito de aire, pero era imposible mantener el compartimento estanco. Aunque nadie lo dijo, ambos pensaban que, después de todo,

quizá ésa fuera la manera menos atroz de terminar, con los pulmones llenos de humo.

Fran iba a decir algo, y se giró para mirar a su compañero. Pero entonces un pequeño detalle le llamó la atención. Era un trozo de plástico blanco que salía del bolsillo de su camisa. Pestañeó, pasándose la lengua por los labios. Creía haber reconocido qué era.

— ¿Qué... qué llevas en el bolsillo? — preguntó Fran.

Evan agachó la cabeza para mirarse, y por fin extendió la mano para sacar un envase de plástico pequeño. En él, había serigrafiada una barrita de chocolate de aspecto lujurioso.

— Esto... — dijo Evan, y rompió a reír. Fran empezaba a sentir de nuevo cómo el calor de la cólera empezaba a inundar su cabeza— Es... es una *Prim Superstar*, ¿sabes? Eran las únicas que tenían en esa maldita gasolinera. Y vaya tío... tenías razón... ¡son cojonudas! Casi diría que... son mejores que las *Ashley Súper Choc*.

Evan rasgó el envase, y el dulce aroma del chocolate se hizo patente casi inmediatamente. Para entonces, Fran estaba de nuevo sintiendo que su visión se nublabá, derivando irremediabilmente hacia el blanco. La glándula del odio empezaba a bombear por sus venas a toda velocidad, y en un arrebato nacido de la desesperación que la situación provocaba, lanzó ambas manos al cuello de su amigo. Evan colocó sus manos sobre sus antebrazos, pero como Fran comprobó, fue más como gesto instintivo de defensa. Mientras apretaba con todas las fuerzas que pudo, presionando con los pulgares sobre la garganta, Evan no intentó defenderse; permanecía agarrado con fuerza a sus antebrazos. Fran, sin embargo, parecía redoblar la presión a cada segundo que pasaba, consumido por una espiral de violencia histérica del que ya no pudo escapar hasta que fue demasiado tarde. Evan echó la cabeza hacia atrás, con la lengua asomando como un apéndice obsceno, y sus manos cayeron sobre sus muslos, inertes.

Fran se dejó caer de espaldas sobre el asiento, jadeando. De pronto, la rabia ciega que le acababa de poseer le había abandonado, dejándolo confuso y mareado. Se miró las manos,

que temblaban como si estuvieran aquejadas de Parkinson, pero no fue capaz de mirar a su compañero.

Lo había estrangulado.

Había acabado con él.

En el fondo de su mente, una voz intentó tranquilizarle, diciendo que, en realidad, había proporcionado a su amigo una forma rápida de enfrentarse al final. Fran rió ante ese pensamiento, y unas lágrimas rodaron por sus mejillas tiznadas de ceniza. La *Prim Superstar* había caído sobre las piernas, olvidada. El chocolate se había quebrado y revelaba un interior de galleta que, de repente, se asemejaba más al cartón viejo.

Al menos ahora sabía lo que hacer.

Cerró los ojos, y esperó.

Era la Regla Número Siete: Los amigos siempre vuelven a por ti.

FIN